

LA ALEGRÍA

EN

Santa Teresa de Jesús

Por

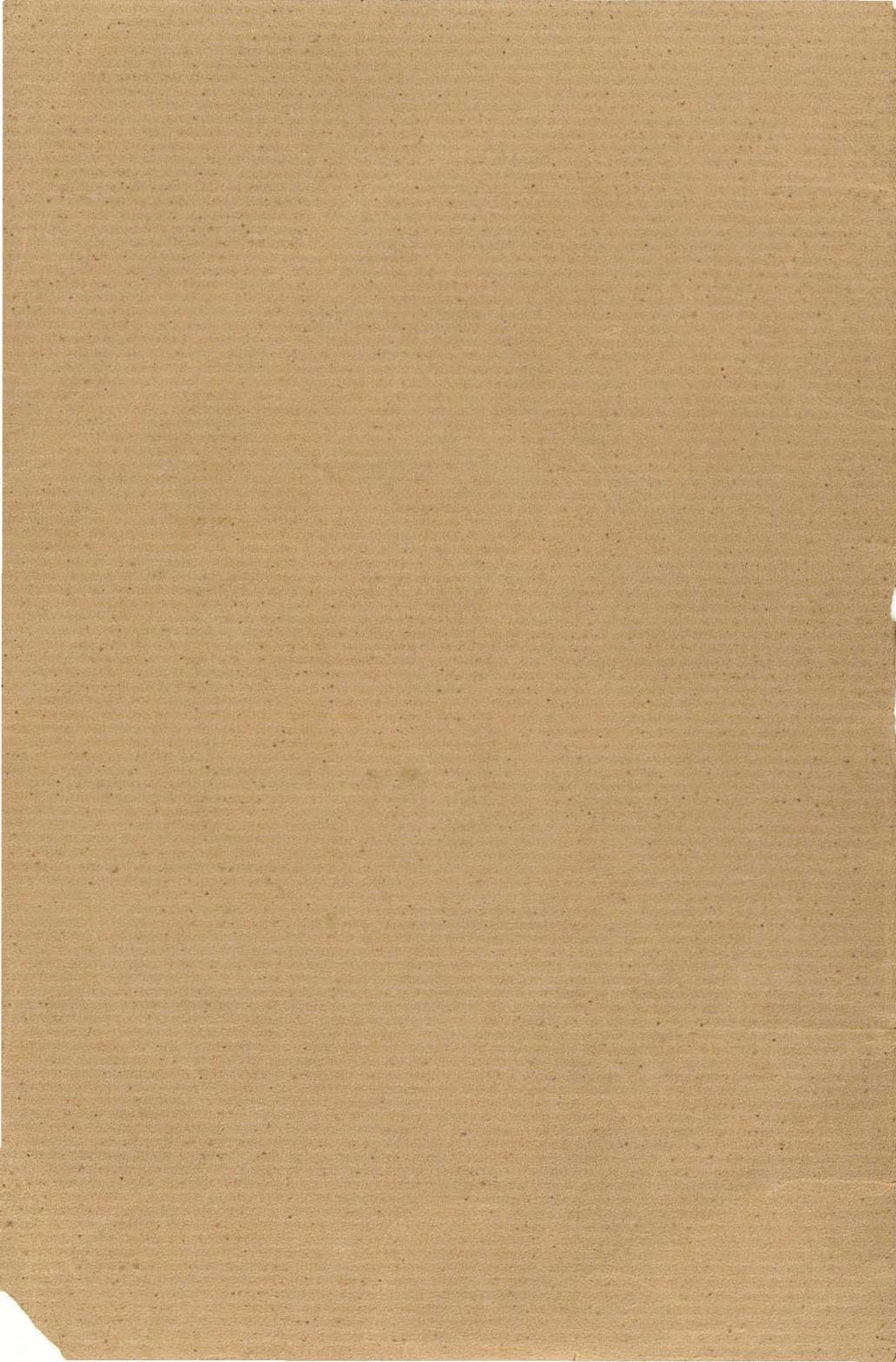
Luis Revest y Corzo



Castellón

1922

RC
20



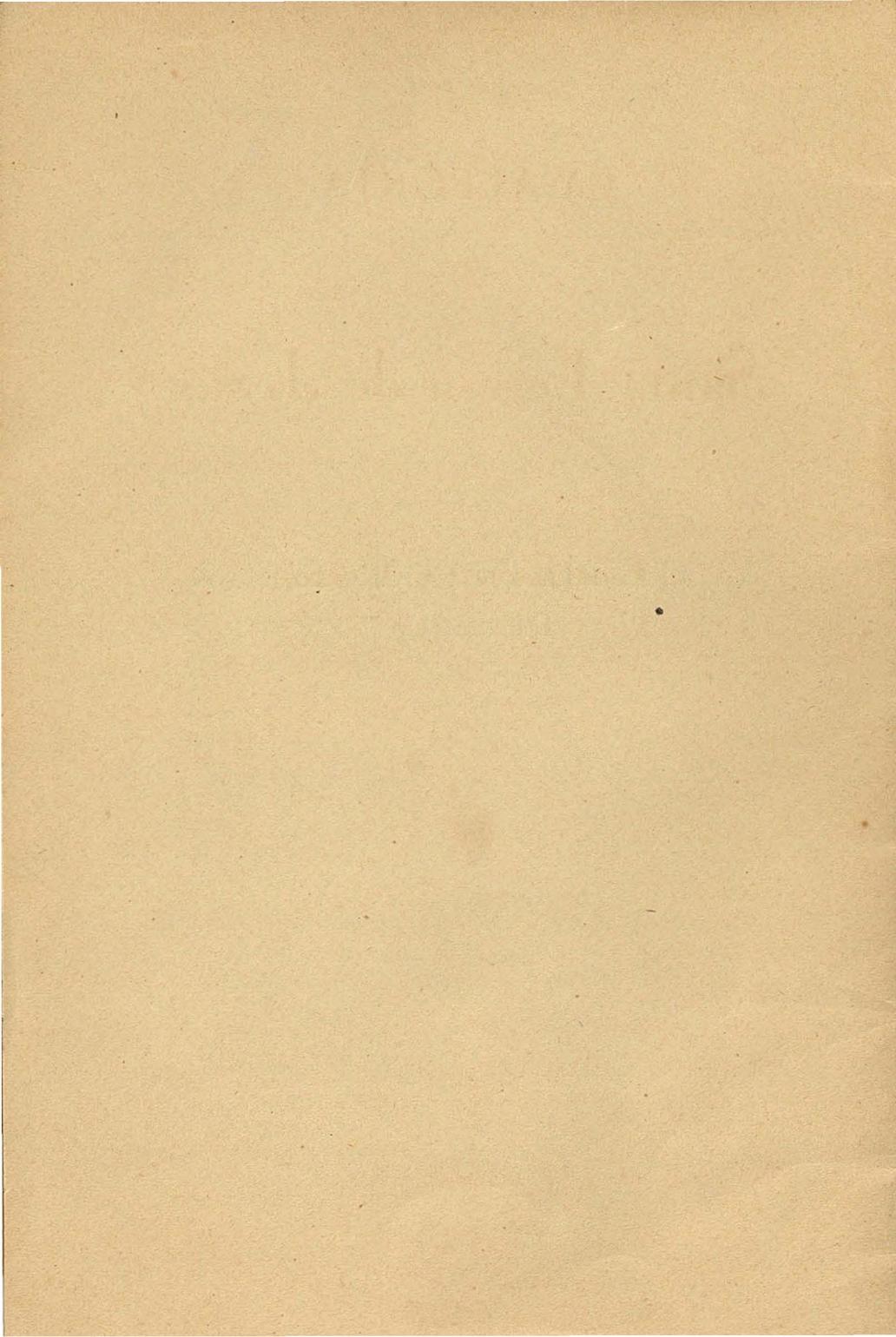
1011100387537

R. 1.616

F-8
10

2020

LA ALEGRÍA EN SANTA TERESA
DE JESÚS



LA ALEGRÍA
EN
Santa Teresa de Jesús

Por

Luis Revest y Corzo



Castellón

1922

Al M. N. Sr. D. Manuel Boti, Pro.

a quien admira como maestro y estima singularmente como amigo

Luis Revellón

Este ejemplar fue de un hombre bueno. Este recuerdo te lo dedica también como una cosa rara y excelente, como te ha dedicado ya, Ana, todo cuanto era y cuanto tenía tu

Luis

13-11-920.

*Este discurso de «La
alegría en Santa Tere-
sa de Jesús» fué leído
por su autor en la no-
che del 30 de Abril
de 1922 en una fiesta
conmemorativa del III
centenario de la Santa*



La mayor copia de escogida erudición, las más espléndidas galas de la fantasía, los más exquisitos primores del ingenio, serían muy poco para hablar dignamente de Santa Teresa de Jesús, no ya porque, aun mirada desde el punto de vista humano fué criatura tan singular que, según la enérgica expresión de nuestro pueblo rompió Dios el molde en que la hizo, sino porque se percibe de una manera tan palpable y continua en cuanto a ella se refiere el soplo de lo sobrenatural que el pasmo quita en nosotros el lugar a las razones, ni es posible que estas puedan concertarse cuando el ánimo se siente invadido de religioso temor y reverencia. Por éso, ya que nadie querido a ensalzarla podría hallar razón que le eximiera, pues hasta los más apartados rincones del orbe ha llegado el benéfico influjo de su genio y de su santidad, para tejer la estofa de mi discurso, busqué materia que, por lo trillada y conocida, no amenazara con imprevistas dificultades; por lo agradable, atrajera vuestras miradas apartándolas de la forma que pudiera recibir; me asegurase más, por lo concorde con nuestra manera de ser, vuestra benevolencia, y, por lo humana, asequible y casera, pu-

diera engastarse en nuestra memoria contribuyendo así, en la medida de lo posible, a que esta solemnidad no se reduzca a ditirambos fugaces e inconsiderados, a pasajeros y brillantes fuegos de artificio: en una palabra, determiné tratar de la noble y permanente alegría que ilumina hasta lo más íntimo la vida y los escritos de la santa Reformadora.

Hasta lo más íntimo, decimos, y *desde lo más íntimo* fuera expresión más exacta. Porque no es algo que de fuera la llegase, ni vestidura sobrepuesta por actos directos de voluntad, sino algo propio y casi diferencial del espíritu de la Santa; que brota espontáneo cuando menos se pudiera esperar; que ella—lo han advertido ya muchos—de manera habitual poseyó, hallando tal vez asunto de chanza y donaire donde otros de preocupación y mohina, atrayendo con sutil e indefinible encanto lo mismo a los que durante su carrera mortal la conocieron que a los que por más de tres siglos han venido nutriéndose de su doctrina o abismándose con intenso deleite en la lectura de sus obras.

La alegría de Santa Teresa es cosa tan conocida que ha pasado a proverbio y dado origen a multitud de anécdotas de dudosa y aun de ninguna autenticidad, pero que tienen el valor que a semejantes creaciones hay que reconocer siempre: el de ser interpretaciones de un hecho universalmente conocido y que, por tanto, las hace verosímiles. Si no hubiera más que esto debiera terminar ya aquí mismo: linaje de necedad es acumular argumentos para probar lo que nadie discute. El problema está en resolver la aparente contradicción que implica esta alegría inextinguible en una mujer combatida por terribles enfermedades, sometida a la disciplina y a las austeridades de la vida religiosa, discutida en sus proyectos, calumniada en sus actos; blanco de todos los trabajos, de todas las contradicciones, de todos los obstáculos, hasta el punto de que a veces pareció abandonada del cielo y de la tierra. Acerca de esto voy a hablar breve, muy brevemente; porque, como indi-

caba al principio, temo profanar algo sagrado al pretender asomarme al espíritu de la Mística Doctora, y sólo de la brevedad espero atenuación y disculpa y aun completo descargo.

Una máxima fundamental del estoicismo, cuyos secuaces, con su penetración sutil de psicólogos moralistas lograron en tantas cuestiones atisbar la verdad, quizá nos dé alguna luz para penetrar en el arcano. Afirmaban los estoicos, ante el conflicto entre dos hechos innegables, la existencia del dolor en el mundo y la infinita bondad divina, que las contrariedades, las persecuciones, la muerte misma, no son males, sino que el mal y el bien sólo están en lo que de nosotros depende y que, por tanto, somos felices o desgraciados según nuestra voluntad. Ahora bien, si la permanencia de la felicidad es causa de la permanencia de la alegría, que no es más que el sentimiento de la presencia y posesión del bien, cabrá rechazar, o limitar al menos, en el terreno ontológico esta doctrina, pero en el psicológico hay que recoger de ella algo que es indudable, pues, o la causa de la alegría radica en nuestro espíritu, en la convicción de que el bien existe y es asequible y permanente, o no puede existir (y el mismo caso de Santa Teresa lo contradice) alegría habitual y duradera, por que todo lo demás nos afecta de maneras contradictorias y escapa a nuestra previsión y a nuestro dominio.

Las causas de la alegría han de estar, pues, en nosotros; y esto lo confirma la experiencia mostrando que, aun en aquellos que han clavado, como dicen, la rueda de la Fortuna la sucesión no interrumpida de prósperos sucesos no sirve para engendrarla, sino para hacer casi siempre más duro y amargo el contraste cuando la Fortuna se cansa, o siquiera se distrae un momento, de prodigarles sus caricias. Tampoco pueden estar esas causas únicamente en una disposición fisiológica, aunque no pueda negarse que en esto, como en todo, ejercen lo físico y lo moral sus misteriosos y recíprocos influjos, porque la materia, sujeta

a mudanzas continuas no puede engendrar nada duradero; no cabe duda por tanto en que han de estar en la estructura del espíritu, y, en primer lugar, en el sistema de nuestras ideas, cuyo eje ha de ser, por necesidad, para que la alegría se produzca y brille sin eclipses, la firme convicción de la existencia y de la asequible posesión de un bien indeficiente.

Así, la causa primera de la alegría de Santa Teresa es sencillamente la fé religiosa, la fé viva grabada en su alma, hecha carne y sangre suyas, que de continuo presentaba a su entendimiento la verdad suprema de que un Dios infinitamente bueno gobierna el universo sensible y el universo moral, y aplica con infalible sabiduría al cumplimiento de sus fines soberanos aun lo que parece contrariar sus designios; la felicidad no podía faltar a quien no olvidaba un momento que conformando sus actos con la Voluntad Divina, cumplía su destino y alcanzaba su bien; la duda acerca de su felicidad no cabía en quien no confiaba en sus propias fuerzas para alcanzarla, sino en la misericordia de Aquel que está presto siempre a tendernos su mano en cuanto apunta en nosotros el deseo de obrar con rectitud, y este deseo ¿quién mejor que ella podía conocer que no le faltaba? La fé misma la hacía ver como por vista de ojos los defectos e imperfecciones que en toda criatura humana, sacadas a parte la Virgen Madre y la Santa Humanidad de Cristo, quedaron por el desorden primero; su profunda humildad agigantaba ante su consideración sus propias faltas, sobre todo cuando las comparaba con la bondad infinita de Dios; de aquí que las cosas externas que suelen reputarse contrariedades y desgracias, fuesen muy poco para turbarla o entristecerla, porque, ya las creyese manifestación de la Voluntad Divina, ya hallase medios en ellas de satisfacer por sus culpas, ya las tomara como ejercicio para mortificar sus pasiones y robustecer su espíritu, las percibía siempre bajo especie y razón de bien, las abrazaba por su eficacia reparadora y purificadora.

Si a esto se añade que la percepción de la bondad de Dios revelada por la fé, demostrada por la razón y reflejada en las maravillas de la naturaleza y de la gracia, la abrasaba en el fuego de ese amor que suaviza todos los sacrificios hechos en obsequio de aquel a quien se ama, aparece como necesario que el estado habitual de su alma fuera el que se revela en palabras que, como éstas, sin pretenderlo ella misma, sin advertirlo siquiera, flúan de su pluma: «¡Oh verdadero Señor y gloria mía! ¡Qué delgada y pesadísima cruz teneis aparejada para los que llegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver libre de ella, sino fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada y nunca hasta la fin del mundo morir: no tiene en nada su descanso, a trueque de hacer un pequeño servicio; mas bien entiende que no desea otra cosa sino a Vos»... No es que la naturaleza inferior no se oponga a estas ansias; no es que dejen de sentirse las dos leyes contradictorias que en estas líneas se ven palpar, es que da el triunfo a la voluntad superior la convicción de la deuda infinita contraída con Dios, con aquel Dios todo benignidad, amabilidad y largueza. Por eso es natural que, luchando entre el deseo de poseerle y el de corresponder a sus beneficios, optara por esta generosa correspondencia; deseara seguir viviendo «con mil trabajos y persecuciones»; si su humildad profunda le decía «que no era para aprovechar», su gratitud encendida «quisiera ser para sufrir» al menos; por eso pudo escribir con verdad perfecta: «las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religión son regalos y mercedes para mí...»

Por eso, no sólo era alegre aun en medio de todas las amarguras y dolores, sino que recomendaba la alegría como un bien y un camino de bienes, y, como un deber casi, la encarecía; pues,

aparte de que su propia, larga y variada experiencia, conforme con la opinión universal de los ascéticos cristianos y aun no cristianos, la enseñaba las consecuencias desastrosas de la tristeza, aparte de que sabía que el gozo era condición para adelantar mucho y con pié seguro por las vías del espíritu, debía de aparecer ante sus ojos como un desorden, como una injusticia, casi como un absurdo la tristeza en aquellos que por su profesión han de tener siempre delante la imagen del Bien infinito que está deseando, digámoslo así, que nos acerquemos a El, que le demos una pequeña muestra de amor, para entregarse todo.

Pero si las ideas han de dirigir nuestra conducta no basta la convicción; además se requiere vigor, energía, grande fortaleza de ánimo, porque serviría de muy poco la exactitud y claridad de aquellas, si no hubiese una fuerza siempre dispuesta a impedir que el espíritu se deje dominar por nada ni por nadie antes de que la razón examine y apruebe los títulos en que se funda ese dominio, a evitar que la fantasía perturbe la serenidad del juicio, que las bajas pasiones invadan, revueltas y amenazadoras o traidoras y solapadas, el aula regia en que tiene su trono el entendimiento.

Santa Teresa poseyó esta fuerza, esta energía como quien más pueda en el mundo haberla poseído, y, aunque robustecida por sus ideas, cultivada por su ascetismo y vivificada por la gracia, fué dote de su herencia espiritual, fué quizá una de las joyas más ricas que la naturaleza depositó sobre su cuna. En sus infantiles audacias, en sus resoluciones de niña, apunta ya su fortaleza, cuyo retrato, escapado como por descuido de la pluma inspirada de la Mística Doctora, se perfila vigoroso en el relato de cómo se resolvió a entrar en religión: «...leía—dice— en las *Epístolas* de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que era casi como tomar el hábito; porque era tan honrosa que me parece no tornara atrás de ninguna manera habiéndolo dicho una vez.» La Santa,

duda, reflexiona, vacila, pero al fin se decide, y una vez decidida no retrocede por nada; ella atribuye al pundonor, a la estima de su fama de mujer entera, su firmeza inquebrantable; pero es evidente que ese pundonor y esa estima contaban con fuerte auxilio en la voluntad, y esta voluntad que el punto de honra hace mover en doña Teresa de Ahumada es la primera piedra del pedestal de Santa Teresa de Jesús.

Esta fortaleza, que no era mal aconsejado capricho, puesto que no entendía de volver atrás; esta fortaleza, que no era terquedad, pues la razón y la fé eran sus guías y consejeros, la acompañó a lo largo del camino de su vida; la misma Santa, por modo formal, la reconoce en sí. «Y es cierto—refería—que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruín costumbre, que no fuese a la oración y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo, que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer...» No había en ella ausencia de movimientos pasionales; carne como la nuestra era la suya; humana fué y sujeta a contrariedades y miserias; lo que sí había era una voluntad capaz de dar por encima de todo el triunfo a la razón haciendo sentir su poderoso imperio.

Todo esto era menester para la permanencia de la verdadera y legítima alegría, de la alegría que en Santa Teresa resplandece: por parte de la voluntad energía indomable, invencible fortaleza que mantenga a nuestra vista la eterna Verdad sin permitir que distraigan de ella las impresiones de lo presente, mudable y perecedero; por parte de la inteligencia clara percepción de esa Verdad misma, clara percepción de la existencia del Bien absoluto, clara percepción de que sólo depende de nosotros su posesión ya que Él por todos y por cada uno de los hombres se dió entero e imprimió a su dádiva el sello irrevocable y divino de la eternidad en aquella hora, la más solemne de la Historia del mundo, evocada por Lope, aquel gran pecador, pero gran creyen-

te, y tanto como pecador y creyente, alto y maravilloso poeta, cuando exclamaba:

Oye, Pastor que por nosotros mueres.
No te espante el rigor de mis pecados
Pues tan amigo de rendidos eres.
Espera, pues, y escucha mis cuidados.
Pero... ¿Cómo te digo que te esperes
Si estás, para esperar, los piés clavados?

Por eso la alegría en Santa Teresa no es impasibilidad, inmunidad contra los golpes del dolor, que es dote de la bienaventuranza, inasequible en esta vida; no es indiferencia ante las desgracias del prójimo, ni menos aún ante sus vicios y sinsietros malos, que esto fuera inhumana dureza de que la apartaba su encendida caridad; no fué desmedida inclinación a las chanzas y burlas, que es, ya ligereza que vuelve la espalda a los serios deberes que la vida impone, ya antesala de la malignidad y del desprecio del prójimo, ya ingeniosidad rebuscada, disfraz a las veces de velada inquietud y tristeza, ya exaltación alborotada y ruidosa, que es casi siempre desorden y no virtud; ella misma recomendaba a sus monjas que su alegría fuese «humilde, modesta, afable y edificativa», como debe cuando no es el prurito de la gula voraz que se arroja sobre el exquisito manjar, quién sabe a qué precio conseguido, sino el tranquilo y casi inconsciente bienestar con que el hombre lleno de salud a pleno pulmón respira el aire libre que Dios mismo crió como condición de existencia para las obras vivas de sus manos.

Por eso mismo no son contínuas en sus escritos las formas manifestativas de esa alegría, lo primero que cuando de ella se trata suele acudir a la mente y a los labios, nacidas del aplomo que su misma fortaleza le prestaba, de la agudeza y prontitud de su observación, de la viveza nativa de su ingenio: el donaire, el gracejo, el suelto, aunque inocuo raudal de su vena epigramá-

tica, la rapidez con que halla la réplica adecuada y el no esperado argumento, que se mezclan, haciéndolo todo fácil, llano, comprensible y ameno, con el trato de los más intrincados negocios, con la solución de las más árduas dificultades, con la exposición de las materias más oscuras, y hasta con la descripción de los más sublimes misterios de la unión con Dios. Y este gracejo, este donaire, esta viveza de ingenio, son propios y peculiares de la tierra española: Santa Teresa no fué planta exótica en nuestro país, sino rama frondosa del tronco secular que se nutrió de la misma savia y del mismo sol recibió calor y jugo y frescor de las mismas aguas y de los mismos aires aliento vivificante.

Al considerar los orígenes remotos de la alegría en Santa Teresa de Jesús, y prescindiendo de ese ente misterioso que se llama la gracia, del cual sólo nos es dado percibir los efectos y adorar el eterno manantial, se tropieza con dos influjos paralelos, o, mejor dicho, convergentes; el de la tradición cristiana y el de la tradición española.

El mundo pagano, sacado aparte un grupo rarísimo de escogidos, algo así como profetas de la gentilidad, apenas comprendió la alegría suprema, limpia de torpezas y desórdenes; en el pueblo escogido, los fariseos, que se decían los genuínos representantes de la tradición, buscando en la tristeza apariencias de virtud, desofan las voces de la Escritura que excitan, es verdad, a la penitencia por los pecados, pero también a servir a Dios con alegría y a saltar de júbilo en la presencia del Señor. Pero el Divino Maestro prohíbe a sus discípulos mostrarse tristes como los hipócritas; San Pablo recomienda y reitera a los fieles que se alegren en el Señor y él mismo les advierte que nada puede apartarles de la caridad de Cristo, y en los grandes confesores de la fé, en los héroes del Cristianismo fué rasgo común esa alegría que los santos Padres preconizaron y reivindicaron para la verdadera creencia, que iluminó la faz seca y rugosa de los pobladores del yermo y resplandeció, confundida con los

rayos primeros de la gloria, en la frente ensangrentada de los mártires; porque con el Cristianismo, precedido y anunciado por la antigua Ley, vinieron al mundo en su plenitud las causas del gozo inalterable y perenne cuando la infinita Verdad, el Bien infinito, Verbo de Dios y Sabiduría del Padre se hizo carne y habitó entre nosotros.

La tradición española es sobre todo de energía indomable, de invencible fortaleza. La primera vez que un nombre español suena gloriosamente en la Historia del pensamiento, ese nombre es el de un filósofo estoico; sin duda alguna Séneca se alistó en el estoicismo impulsado por la voz secreta de la raza y nadie rompió la cadena iniciada por él: ningún pensador español fué débil de espíritu, así como raro será el que haya sido inhumano. Y este vigor, esta fortaleza de ánimo lo llevaron los españoles a todos sus actos y a todas sus empresas; no hay dirección de la actividad humana en que no dejaran de él admirables ejemplos; fortaleza en las conquistas fueron don Jaime de Aragón, Hernán Cortés, Gonzalo de Córdoba; fortaleza en la defensa del patrio suelo, Alvarez de Castro; fortaleza en la defensa de las leyes, Fivaller y Vinatea; fortaleza en el gobierno, Jiménez de Cisneros; fortaleza ante los más arraigados sentimientos, Alonso Pérez de Guzmán; fortaleza ante la mole ingente de los conocimientos humanos, San Isidoro en los albores de la Edad Media, Luis Vives entre las espléndidas luces del Renacimiento; fortaleza ante las más repugnantes miserias corporales, San Juan de Dios; fortaleza ante las avenidas de la herejía, Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola; fortaleza ante las nieblas del paganismo, San Luis Bertrán y San Francisco Javier; fortaleza ante los instintos de su carne, San Pedro de Alcántara; fortaleza ante los halagos de la gloria, ante la irreductibilidad de la ignorancia ajena, ante las incomprensibles alianzas de buenos y malos, de juicios mezquinos y estrechos y malignas y dañadas intenciones, San José de Calasanz.

Todos estos hombres esclarecidos son como una teoría de glorias que precede y acompaña a la Reformadora carmelita porque ella, siendo mujer flaca, *ruín* decía ella en su humildad, supo hallar en sí misma la fortaleza de estos insignes varones y mostrarla al mundo, como supieron los españoles, con la noble y tranquila indiferencia que el hábito dá, envuelta muchas veces en sales y gracias dignas, compuestas y señoriles, como quien doblega sus pasiones sin creerlo extraordinario porque le es familiar el heroísmo. Y ese espíritu subsiste aún, siquiera desfigurado en apariencias por pegadizos afeites, raído quizá en algunos que no son de los nuestros aunque entre nosotros nacieron. ¡Quiera Dios que esta conmemoración solemne que dedica España a la mujer de ánimo esforzado, de «recio corazón», compendio y cifra de lo más noble y más grande del alma española, nos haga volver en nosotros, nos recuerde nuestra misión colectiva y los medios que la Providencia para llenarla nos dió, y nos acicate para aplicar nuestras energías al cumplimiento de los destinos inmortales de España con la viva fé, la voluntad indomable y férrea y la serena alegría, el racional e inextinguible optimismo de Santa Teresa de Jesús.

FIN

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO EN LA
CIUDAD DE CASTELLÓN DE LA PLANA,
IMPRESA DE HIJO DE ARMENGOT,
DÍA XXVII DE MAYO
DE MCMXXII

AÑOS





L
20